

Antón Costas

# Un paso atrás

Tengo el temor de que en Catalunya estemos abocados a vivir años, quizá décadas, de frustración y melancolía. Una frustración y melancolía que nos limitaría gravemente a la hora de afrontar los grandes retos económicos y sociales que tenemos delante. Y que nos puede llevar, como país, a perder relevancia económica y capacidad de progreso.

La causa es, remediando el título de la conocida novela de Juan Marsé, que estamos encerrados con un solo juguete. Los protagonistas de la novela eran unos jóvenes de 1949 encerrados con el juguete del sexo. En nuestro caso, el juguete es el sexo de los ángeles: el proceso.

El debate político en Catalunya se parece cada vez a una discusión bizantina. Le ocurre lo que a los sabios de la vieja Constantinopla que, cuando la ciudad estaba siendo asediada, seguían ensimismados discutiendo, literalmente, sobre el sexo de los ángeles. Un ensimismamiento que llevó a la irrelevancia de una sociedad otrora brillante e influyente. También en nuestro caso este ensimismamiento es peligroso. De momento ya ha tenido consecuencias funestas.

En primer lugar, ha destruido el sistema catalán de partidos. Un sistema que había funcionado razonablemente bien como instrumento de cohesión social y progreso económico. El proceso lo ha destrozado. La política catalana está sometida a una especie de ley de Gay-Lussac de los gases, que provoca que el vacío que dejan los partidos lo ocupe el activismo de grupos que tienen un pie en la sociedad y el otro en la política. El resultado previsible será una fuerte fragmentación política.

En segundo lugar, hay consecuencias en el ámbito económico, aun cuando no sean visibles con los indicadores convencionales. De lo que hablo no es de las inversio-

nes extranjeras ni del PIB. Hablo de poder económico. El riesgo es que aunque nuestra economía mantenga su capacidad como fábrica, pierda centros de decisión de las grandes y medianas empresas. No es un riesgo teórico.

En este sentido, el riesgo para la economía catalana es entrar en un lento y dulce declive. Este tipo de procesos tardan mucho en ser percibidos debido a que las alacenas están aún repletas de la riqueza acumulada en épocas anteriores. Pero cuando se llega a ser consciente del deterioro la situación tiene ya difícil arreglo. Lo mejor es anticiparse.

En tercer lugar, el ensimismamiento afecta a la convivencia social. Aun cuando no exista fractura social, sí se perciben efectos de baja intensidad. En muchos

casos, que todas las opciones políticas son legítimas y tienen encaje en nuestro marco constitucional, incluso la independencia. La cuestión está en que esa opción no es ampliamente mayoritaria en la sociedad catalana.

¿Qué hacer? Hay dos opciones. Una es seguir huyendo hacia delante, con los riesgos mencionados. La otra es dar un paso atrás.

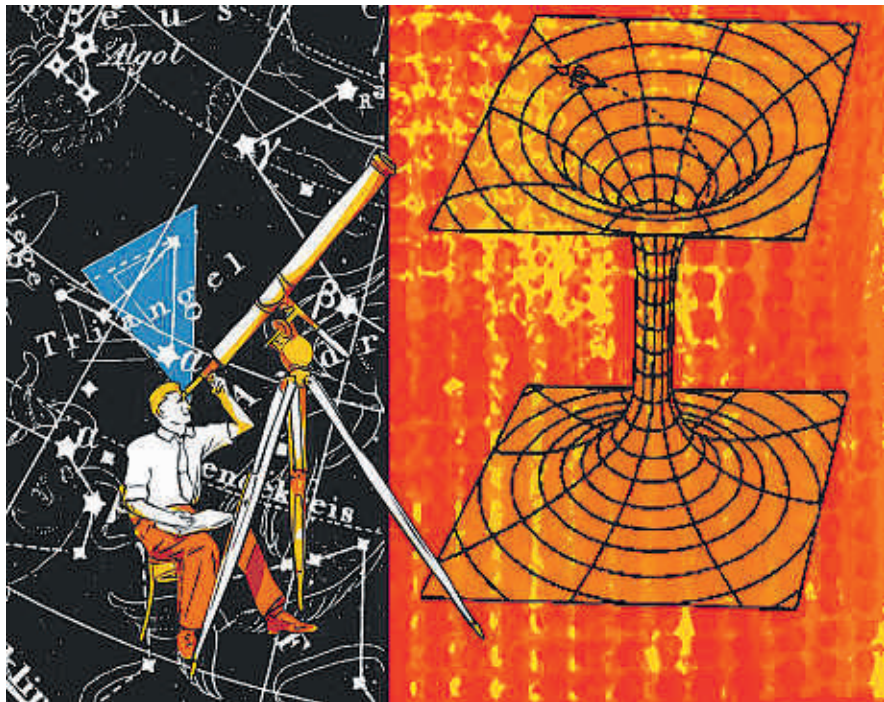
La primera opción está impulsada más por sentimientos y emociones que por la razón. El riesgo es querer, como diría la filósofa política alemana Hannah Arendt, fabricar la historia al margen de las preferencias de la mayoría.

Desde el punto de vista del interés general, probablemente la opción más aconsejable es dar un paso atrás para coger impulso para formular propuestas políticas coherentes, factibles y ampliamente compartidas. Propuestas que a la vez que preserven la cohesión social, permitan afrontar los grandes retos del paro, la desigualdad, la pobreza y la falta de oportunidades. Y también los retos que trae la nueva revolución industrial de los robots y las plataformas digitales. No será fácil dar ese paso atrás. Pero algunos ya lo han iniciado.

Un paso atrás puede ser también una estrategia favorable para los intereses a largo plazo de los partidarios de la independencia. Como de forma reiterada dicen las encuestas, hoy por hoy los números no avalan la independencia. Un paso adelante es arriesgado para sus propios intereses. Es mejor dotarse de paciencia y tratar de ganar apoyos antes de continuar el camino a Ítaca.

Sorprendentemente, la opción del paso atrás es la que requiere mayor clarividencia política acerca de nuestros intereses a largo plazo. Y también la que necesita mayor coraje personal. Entre otras cosas, para resistir las acusaciones de traición.

Tiempos extraños los que estamos viendo, en los que se necesita más coraje para ser moderado que para ser radical.●



ámbitos de nuestra vida social y familiar es ya frecuente un pacto implícito para no hablar del *tema*. Pero esto resta riqueza a la vida social y cultural.

La sociedad catalana es muy plural. Probablemente, la más plural de España. Un indicador claro es el hecho de que en el Parlament existe un número mayor de partidos políticos que en cualquier otro Parlamento español, incluidas las Cortes.

Por cierto, este pluralismo es lo que hace inviable la independencia. Al menos de momento. El obstáculo no son los poderes del Estado, ni la Constitución. El Tribunal Constitucional ha afirmado, por unanimi-

dad, que todas las opciones políticas son legítimas y tienen encaje en nuestro marco constitucional, incluso la independencia. La cuestión está en que esa opción no es ampliamente mayoritaria en la sociedad catalana.

¿Qué hacer? Hay dos opciones. Una es seguir huyendo hacia delante, con los riesgos mencionados. La otra es dar un paso atrás.

La primera opción está impulsada más por sentimientos y emociones que por la razón. El riesgo es querer, como diría la filósofa política alemana Hannah Arendt, fabricar la historia al margen de las preferencias de la mayoría.

Desde el punto de vista del interés general, probablemente la opción más aconsejable es dar un paso atrás para coger impulso para formular propuestas políticas coherentes, factibles y ampliamente compartidas. Propuestas que a la vez que preserven la cohesión social, permitan afrontar los grandes retos del paro, la desigualdad, la pobreza y la falta de oportunidades. Y también los retos que trae la nueva revolución industrial de los robots y las plataformas digitales. No será fácil dar ese paso atrás. Pero algunos ya lo han iniciado.

Un paso atrás puede ser también una estrategia favorable para los intereses a largo plazo de los partidarios de la independencia. Como de forma reiterada dicen las encuestas, hoy por hoy los números no avalan la independencia. Un paso adelante es arriesgado para sus propios intereses. Es mejor dotarse de paciencia y tratar de ganar apoyos antes de continuar el camino a Ítaca.

Sorprendentemente, la opción del paso atrás es la que requiere mayor clarividencia política acerca de nuestros intereses a largo plazo. Y también la que necesita mayor coraje personal. Entre otras cosas, para resistir las acusaciones de traición.

Tiempos extraños los que estamos viendo, en los que se necesita más coraje para ser moderado que para ser radical.●

Un paso atrás puede ser también una estrategia favorable para los intereses a largo plazo de los partidarios de la independencia. Como de forma reiterada dicen las encuestas, hoy por hoy los números no avalan la independencia. Un paso adelante es arriesgado para sus propios intereses. Es mejor dotarse de paciencia y tratar de ganar apoyos antes de continuar el camino a Ítaca.

Sorprendentemente, la opción del paso atrás es la que requiere mayor clarividencia política acerca de nuestros intereses a largo plazo. Y también la que necesita mayor coraje personal. Entre otras cosas, para resistir las acusaciones de traición.

Pilar Rahola



## Rendición

El acuerdo de Irán con seis potencias mundiales (China, Estados Unidos, Francia, Alemania, Gran Bretaña y Rusia) es una rendición en toda regla.

Se pueden encontrar muchos eufemismos, y algunos elevarán la retórica a categoría de "acuerdo histórico", aunque más que protagonizar la historia, este acuerdo la repite con tozuda veneración. Porque lo cierto es que, como hacemos siempre, nos hemos rendido sin paliativos a una teocracia tiránica que no ha rebajado ni una sola de sus *maldades*.

Irán, el Irán que ha fumado la pipa de la paz con un Obama encantado de haberse conocido, no dejará de reprimir a su población brutalmente ni dejará de lapidar mujeres. No dejará de amenazar a Israel con la destrucción, ni cejará en su intento. No dejará de financiar a Hizbullah y a otras organizaciones islamistas sangrientas.

Y, por supuesto, no dejará de avanzar en su programa nuclear. De hecho, este acuerdo es la garantía para culminarlo, y nada de lo que ha firmado impedirá que lo consiga. Lo dijo en su momento Kissinger en *The Wall Street Journal*, "Irán ha ido paulatinamente llevando las negociaciones a su

## Rendidos sin paliativos a una teocracia tiránica que no ha rebajado ni una sola de sus 'maldades'

terreno", y los datos ahí están: ha pasado de tener cien centrifugadoras a veinte mil, ha burlado a los verificados internacionales y la capacidad internacional para controlar su desarrollo nuclear sobre el terreno es casi inexistente. Dada, pues, la experiencia de los últimos años, con bloqueo incluido, cabe temerse lo peor, un Irán con poder nuclear. En este sentido, las declaraciones de Obama hablando de región más estable (¿más estable, con Arabia Saudí de los nervios, una guerra en Siria y otra en Yemen, ambas con Irán de por medio?) y de un Irán más abierto (¿abierto a qué, a morirse de risa en nuestra cara?) son una broma con muy poca gracia.

Lo cierto es que todo lo dicho no ha importado nada, porque entre un Obama que sueña con entrar en la historia deshaciendo entuertos (aunque sea empeorando los conflictos) y unos países que se relamen con el 50% de petróleo que Irán tiene varado por culpa de las sanciones –la cuarta reserva del mundo–, el resto de los condicionantes han resultado menores.

Tampoco ha sido menor el giro de alianzas que ha representado la guerra de Siria, con un Irán luchando contra el Estado Islámico, lo cual sitúa a unos islamistas terroríficos en guerra con una tiranía terrorífica. De lo peor, a lo peor. Sea, pues, por intereses de unos u otros, o por *realpolitik* salvaje, lo cierto es que, tantos años después de sacar pecho ante las tropelías de una de las tiranías más atroces del planeta, Irán acaba sacando la carta ganadora. Y Occidente hace lo que hace siempre cuando hace el ganso, reír a la cámara, venderlo como un hito histórico e irse a dormir la siesta. ¿Cuánta razón tenía Wafa Sultan cuando me recordó el dicho árabe!: "Me necesitas, te poseo". Necesitamos el petróleo y hasta el más malo de la corte nos posee.●

Josep M. Lozano

# ¿Manzanas podridas?

El otro día, en una de las prescindibles tertulias, alguien lo dijo: hay que acabar con las manzanas podridas. Rápido y expeditivo. Pero poner el foco en las manzanas podridas es la mejor excusa para no hacerse preguntas sobre el manzano. Es decir, sobre la cultura organizativa, los procesos de socialización y los sistemas de reconocimiento que han permitido que ocuparan puestos de responsabilidad. ¿Cuántas veces las manzanas podridas eran valoradas como personas dedicadas a la organización y que asumían aquellos trabajos grises que nadie quiere hacer porque no permiten colgarse medallas? ¿Cuántas veces eran ejemplo del profesional dispuesto a resolver todos los problemas, aunque no se acabara de entender cómo lo hacían? ¿Cuántas

veces eran la encarnación de aquella frase tan repetida: "No me traigas problemas, tráeme soluciones"? (Frase estúpida como pocas, porque toda solución depende de la definición del problema).

Ante las manzanas podridas, siempre hay quien, con el automatismo del perro de Pávlov, se pone a hablar de valores. O propone un código de ética. Es un buen consejo: un código de ética es muy útil cuando una manzana podrida aparece a la luz pública, porque es un excelente mecanismo de defensa corporativo. Con el código o la declaración de valores en la mano se puede hacer una compungida jeremiada lamentando que siempre se te puede colar una manzana podrida, incluso habiendo códigos de ética y declaraciones de valores.

Pero de lo que normalmente no se habla cuando se trata de las manzanas podridas es

de cosas más prosaicas, que nunca se considera que estén relacionadas con los valores. ¿Quién y cómo promociona, en esta organización? ¿Qué hay que hacer para tener un cargo? ¿Cómo funciona el sistema de incentivos? ¿Qué tipo de formación se da y sobre qué? ¿Cuáles son los ejemplos y referentes que reconoce la organización? Y, por supuesto: ¿qué relación hay entre lo anterior y los valores que la organización proclama? ¡Ah! ¿y qué prioriza el presupuesto? Porque uno de los mecanismos más potentes de la transmisión de valores es el presupuesto, donde se refleja qué se valora a la organización.

Las manzanas podridas sin duda van a su bola. Pero no estarían donde están sin la asunción –compartida– de que hacían un servicio a la organización. Por eso hablar sólo de ellas nos libera de hablar del manzano y sus raíces.●